

Paco Pons Capó (Maó 1929-2018) ejerció la profesión de periodista en «**Es Diari**» durante 50 años. Empezó cuando tenía 14 y se jubiló tras cumplir los 64. Es sin duda uno de los periodistas que han dejado una huella más profunda en nuestra redacción. Falleció el pasado mes de enero. Entre sus papeles guardaba una carpeta

con algunos artículos que describen la sociedad que conocí y varios personajes de su época. Hoy estos papeles empiezan a ver la luz. Todos los sábados publicaremos uno de sus artículos, sin duda interesantes para comprender las historias de 50 años de profesión, relatadas por un periodista indómito.

Pedro J. Bosch



Cuántas veces no le habré preguntado en los últimos años a Paco Pons Capó sobre el libro que inevitablemente tenía que escribir sobre sus vivencias de más de medio siglo ejerciendo el periodismo en una pequeña comunidad como la nuestra. En los últimos tiempos de forzoso retiro mantuvimos muchas conversaciones sobre «materias en evolución» que guardaba y que algún día me dejó ojear. Eran unos papeles desordenados pero burbujeantes como él, llenos de un humor, a veces amargo (Paco siempre traspiró por la herida social), pero constituidos básicamente por ficciones (quizá aparezca un día alguna crónica «real» en su viejo ordenador aún por expurgar), relatos de ese mundo de señores de casino y misa diaria junto con personas de la calle como él y gentes marginales sobre las que Paco dirigía su sutil e inteligente mirada.

Me he pasado la primera parte del verano leyendo y ordenando ese «material en evolución», y entre relato y relato, no he podido menos que recordar y valorar la enorme influencia de Paco en mi vida desde que lo conocí siendo un niño de doce o trece años en un cursillo de periodismo que impartió en los locales de la OJE (ahí es nada, un libertario en los dominios de la

EL LIBERTARIO HOGAREÑO

Falange) y que supo sacar a flote una vocación periodística latente que hasta entonces solo se había dejado traslucir en la confección de periódicos caseros. En pocas clases Paco logró inocularle el benéfico virus del periodismo sin dejar de animarme siempre a seguir la tradición médica de mi padre que veía más conveniente para aquel niño rubio y escasamente aventurero. El último día del cursillo le pasé tímidamente una crónica mía de un partido de fútbol del instituto y Paco se lo metió en el bolsillo sin hacer comentario alguno.

Aquella crónica apareció en **MENORCA** • «**Es Diari**» de los primeros sesenta un par de días más tarde y no es difícil imaginar la intensa emoción que sintió aquel niño destinado desde aquel momento a ser médico-periodista y a unir su vida al **Diario MENORCA** y a aquel maestro, melenudo *avant la lettre*, capaz de descifrar aquellos antediluvianos teletipos, y más meritorio aún, la terrible caligrafía de otro periodista de raza, Antonio Verger y la no menos críptica de Antonio Pons, el «conde de San Luis» en aquellas celebradas crónicas sobre la vida



en el aeropuerto. Parece como si estuviera viendo a Paco en aquella minúscula reacción de *es carrer de Gràcia*, al lado de Sala Augusta, mientras apartaba con el pie el carrito de la *olivetti*, dispuesto para una improvisada tertulia de la que nunca se escabullía.

Era un **Diario MENORCA** de teletipos y linotipias, del director-ginecólogo Mateo Seguí tratando de vencer el sueño después de haber atendido a un par de parturientas, del consejero de aire y talante *british* Guillermo de Olives, de Miquel el correc-

tor, de Rafael Serra, Rebaque, Toni Pelut, Biel Fiol, el más joven de los linotipistas, aún en la brecha y siempre con la sonrisa puesta, del ya citado Antonio Verger, autor de las celebradas entrevistas «Digame», de Miguel Tutzó, «Mituro», el primero de los redactores-jefe de Deportes, cargo al que accedería -por iniciativa del propio Paco- años más tarde, ya como médico-periodista. «**Es Diari**» era un mundo fascinante para un chaval de catorce años con el aire de una auténtica familia cuyo padre espiritual para mí era Paco, siempre dispuesto a enseñarme alguna triquiñuela de la redacción periodística y a prevenirme sobre determinados personajes.

Paco era vital, exuberante, espontáneo pero al mismo tiempo sabía maniobrar con habilidad por el proceloso mar de las múltiples terminales de poder y grupos de presión, empezando por el Obispado, accionista mayoritario del diario durante casi toda su trayectoria. Él, Paco, un agnóstico y libertario indómito, sumergido de noche en aquel medio con frufrú de sotanas, emergía como si tal cosa por la mañana para entregarse en cuer-

po y alma a la familia, su mayor razón de vida, su orgullo por encima de todas la vanidades del mundo que nunca le rozaron y si lo hicieron jamás se notó. Paco fue esencialmente un hombre hogareño, entregado a su esposa Toñita, a la que cuidó hasta el último día de su vida, a sus hijos Neus, que se haría pediatra humana y humanista, y Paco, economista de postín, de los que estaba tan orgulloso, y a la niña de sus ojos, su nieta Gràcia, a la que escribía cuentos y con quien tenía una química especial, y que ha heredado de su abuelo su afición al arte y la lectura así como en general, su *taramà* de marca registrada.

Pero ahora toca recordarlo en su versión más desenfadada, en sus libérrimos escritos, hilarantes en su mayor parte, porque a Paco el humor no le abandonó jamás y le ayudó a sobrellevar los pesares de su última etapa sin perder la sonrisa. Pasen y conozcan a *Mavis* y compartan una caótica jornada de *cercar esclatassangs* o una no menos turbulenta pescada de *oblades*, o alguna que otra conspiración, o algún que otro parecido razonable, o alguna perla que no me resisto a traer aquí como colofón:

«*Es diari va a menys -Trobu?*»

«*Idó sí, està ben clar. Abans de sa guerra era "La Voz de Menorca". Després de sa guerra. "Menorca, diario del Movimiento", ara tan sols és "Menorca". Així doncs primer va perdre sa veu i després es Moviment. Mut i baldat, ja només fa falta que es mori.*»

Afortunadamente, el presunto cadáver sigue vivo y coleando.